

HARUKI MURAKAMI  
HOMBRES SIN MUJERES

Traducción del japonés  
de Gabriel Álvarez Martínez

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: 女のいない男たち (*Onna no inai otokotachi*).

De *Onna no inai otokotachi*: © 2014, Haruki Murakami. Todos los derechos reservados  
Original publicado por Bungeishunju Ltd., Tokio

De *Samsa enamorado*: © 2013, Haruki Murakami. Original publicado en Japón, en 2013, en la antología *Koishikute: Ten Selected Love Stories* (Chuokoron-Shinsha, Inc., Tokio)

© 2015, Gabriel Álvarez Martínez, de la traducción

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

© 2015, Tusquets Editores, S.A. - Barcelona, España

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2015, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

1.ª edición en Andanzas en Tusquets Editores España : marzo de 2015

1.ª edición en Andanzas en Tusquets Editores México: marzo de 2015

ISBN: 978-607-421-668-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

## Índice

<i>Drive My Car</i> .....	9
<i>Yesterday</i> .....	53
Un órgano independiente .....	95
Sherezade.....	139
Kino.....	173
Samsa enamorado.....	217
Hombres sin mujeres.....	249

*Drive My Car*

Hasta entonces, Kafuku se había subido a un coche conducido por una mujer en varias ocasiones y, a su modo de ver, la manera de conducir de las mujeres podía clasificarse básicamente en dos tipos: o un poco demasiado brusca o un poco demasiado prudente. Por suerte, esta última era mucho más frecuente que la primera. En términos generales, ellas conducen con mayor prudencia y cuidado que los hombres. Desde luego, uno no tiene derecho a quejarse de que alguien conduzca con prudencia y cuidado. Sin embargo, a veces esa forma de conducir puede exasperar a los demás conductores.

Por otro lado, da la sensación de que muchas de las conductoras que pertenecen al «bando brusco» se creen que «ellas conducen bien». Se burlan de las conductoras excesivamente prudentes y se enorgullecen de no ser como ellas. Pero, cuando realizan un cambio de carril temerario, no parecen darse cuenta de que algunos de los conductores que las rodean sueltan suspiros o improperios mientras se ven obligados a utilizar el freno más de lo habitual.

También hay, por supuesto, quien no pertenece a ninguno de los dos bandos. Son mujeres que conducen con total *normalidad*, ni con demasiada brusquedad, ni con demasiada prudencia. Entre ellas, las hay bastante hábiles con-

duciendo. Sin embargo, incluso en esos casos, por una u otra razón Kafuku siempre notaba en ellas cierta tensión. No podría explicar de qué se trata en concreto, pero cuando va sentado al lado de la conductora percibe una «falta de fluidez» que le impide sentirse a gusto. La garganta se le reseca o se pone a hablar de cosas triviales e innecesarias para romper el silencio.

Obviamente, entre los hombres también hay quienes conducen bien y quienes no. Pero, por lo general, no le transmiten tensión. No es que vayan relajados. Seguramente también estén tensos. No obstante, parecen saber cómo separar de modo natural —tal vez inconscientemente— dicha tensión de su talante. A la vez que prestan atención a la conducción, charlan y obran con un nivel de absoluta normalidad. En resumen: una cosa es la tensión y otra el talante. Kafuku desconoce dónde radica esa diferencia.

Pensar separadamente en los hombres y las mujeres no es algo que suela hacer a diario. Apenas nota diferencias en las competencias en función del sexo. Su profesión lo obliga a trabajar con el mismo número de mujeres que de hombres y, de hecho, se siente más cómodo al trabajar con ellas. Por lo general, están atentas a los detalles y saben escuchar. Pero, en lo que concierne a conducir, cuando se sube en un coche pilotado por una mujer, en ningún momento deja de ser consciente de que es una de ellas la que lleva el volante. Esta opinión, sin embargo, nunca se la ha expresado a nadie. No le parece un tema apropiado para hablar con los demás.

Por eso, cuando le contó que buscaba un chófer particular y Ōba, el dueño del taller, le recomendó a una joven, Kafuku fue incapaz de mostrarse contento. Al reparar

en su expresión, Ōba sonrió. Como si le dijera: «Sé lo que piensas».

—Escuche, señor Kafuku, le aseguro que esta chica conduce bien. Se lo garantizo. Si quiere, ¿por qué no queda con ella, aunque sea una vez, y la conoce?

—Está bien. Si tú lo dices... —repuso Kafuku.

Necesitaba un chófer lo antes posible y Ōba era un tipo de confianza. Ya hacía quince años que se trataban. Por su aspecto, Ōba recordaba a un diablillo de pelo duro como el alambre, pero, en lo tocante a coches, seguir sus consejos era ir a lo seguro.

—Por si acaso, le echaré un vistazo al alineado de la dirección y, si no encuentro ningún fallo, creo que podré entregarle el coche en perfecto estado pasado mañana a las dos. Ese día avisaré a la chica para que venga, así que ¿qué le parece si lo lleva a dar una vuelta de prueba por esta zona? Si no le convence, no tiene más que decírmelo. Conmigo no hace falta que se ande con reparos.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que veinticinco. Aunque todavía no se lo he preguntado —reconoció Ōba. Luego frunció un poco el ceño—. Bueno, como acabo de decirle, al volante es irrepachable, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que... ¿cómo decirlo?, tiene algún defectillo.

—¿Por ejemplo?

—Es antipática, callada y fuma como un carretero —explicó Ōba—. Cuando la vea, se dará cuenta de que no es precisamente la típica chica maja. Apenas sonrío. Y, para serle franco, creo que es un poco *feúcha*.

—Eso no importa. Si fuera una belleza, me pondría nervioso y, además, no quiero dar pie a rumores.

—Entonces creo que es perfecta.

—De todas formas, ¿seguro que conduce bien?

—Es de total confianza. Y no me refiero a «para ser mujer» ni nada por el estilo: es buena de verdad.

—¿A qué se dedica?

—Eso no lo sé. A veces trabaja de cajera en una tienda que abre las veinticuatro horas, otras como repartidora a domicilio... Al parecer, se gana la vida con trabajillos de ese tipo por periodos breves. Trabajos que enseguida deja si le surge algo con mejores condiciones. Llegó a mí por mediación de un conocido, pero ahora mismo no estamos en el mejor momento y no puedo permitirme contratar a otra empleada. Sólo la llamo cuando la necesito. Con todo, me parece una chica muy responsable. Por lo menos, no prueba el alcohol.

La mención del alcohol ensombreció el rostro de Kafuku. Un dedo de su mano derecha se alzó espontáneamente hacia sus labios.

—Entonces quedamos para pasado mañana a las dos —dijo Kafuku. Esa faceta antipática, callada y mal encarada de la chica atrajo su interés.

Dos días después, a las dos de la tarde, el Saab 900 descapotable y amarillo estaba listo. Habían reparado la abolladura en la parte frontal derecha y la habían pintado con tal minuciosidad que apenas se notaba el rasguño. Habían revisado el motor, reajustado las marchas y cambiado las pastillas de freno y las escobillas del limpiaparabrisas. Habían lavado el coche a conciencia, lustrado el volante y dado cera al salpicadero. Como de costumbre, el trabajo de Ōba era impecable. Kafuku llevaba doce años conduciendo aquel Saab, que ya pasaba de los cien mil kilómetros. La capota de lona también se veía ajada. Los días de aguacero, debía



estar atento a las goteras que se formaban en las juntas. Pero de momento no tenía intención de cambiarlo por un coche nuevo. Hasta entonces nunca había tenido ninguna avería grave y, ante todo, sentía un cariño especial por aquel vehículo. Le gustaba conducirlo con la capota bajada, tanto en invierno como en verano. En invierno, se ponía al volante arropado con un grueso abrigo y una bufanda enrollada al cuello; en verano, con la gorra calada y unas gafas de sol oscuras. Disfrutaba cambiando de marcha mientras circulaba por las calles de la metrópolis y, durante la espera en los semáforos, se entretenía observando el cielo. Contemplaba el paso de las nubes y los pájaros posados sobre los cables del tendido eléctrico. Aquello se había convertido en una parte indispensable de su estilo de vida.

Kafuku rodeó lentamente el Saab inspeccionando pequeños detalles aquí y allá, como quien comprueba el estado físico de un caballo antes de la carrera.

Cuando compró aquel coche, su mujer todavía vivía. El amarillo de la carrocería lo había elegido ella. En los primeros años solían salir con él fuera de la ciudad. Puesto que ella no conducía, era Kafuku quien se ponía al volante. Habían hecho varias excursiones. A la península de Izu, a Hakone o a Nasu. Pero durante los casi diez años posteriores había conducido casi siempre solo. A pesar de que había mantenido relaciones con varias mujeres tras la muerte de su esposa, por el motivo que fuese nunca había tenido la oportunidad de sentarlas a su lado. Además, ya no salía de la ciudad, excepto cuando se lo exigía su profesión.

—Desde luego, empieza a notarse algún que otro deterioro, pero de momento todo funciona —dijo Ōba mientras pasaba suavemente la palma sobre el salpicadero como quien acaricia el cuello de un perro de raza grande—. Este coche es de fiar. Hoy en día los coches suecos son de muy

buena calidad. Hay que estar atento al sistema eléctrico, pero los mecanismos básicos no presentan ningún problema. Se ve que lo ha cuidado, ¿eh?

Kafuku firmó los documentos pertinentes y, cuando el mecánico estaba explicándole los pormenores de la factura, apareció la chica. Mediría un metro sesenta y cinco y no estaba gorda, pero era de hombros anchos y constitución robusta. En el lado derecho de la nuca se le veía un moratón ovalado del tamaño de una aceituna algo grande, aunque no parecía tener reparo en exponerlo. El cabello, moreno y abundante, lo llevaba recogido hacia atrás para que no le molestara. Se mirase por donde se mirara, no podía decirse que fuese una belleza y, como Ōba le había advertido, su gesto era muy adusto. Sus mejillas todavía conservaban algunas marcas de acné. Tenía los ojos grandes, de pupilas diáfanas, pero estaban velados por cierta expresión de desconfianza; la intensidad de su color se hallaba en consonancia con su tamaño. Las orejas, grandes y despegadas, parecían aparatos receptores instalados en una tierra remota. Llevaba una chaqueta de espiga masculina demasiado gruesa para el mes de mayo, pantalones de algodón marrones y unas Converse negras. Debajo de la chaqueta vestía una camiseta blanca de manga larga, y tenía los pechos bastante grandes.

Ōba le presentó a Kafuku. La joven se llamaba Watari. Misaki Watari.

—Misaki se escribe con *hiragana*. \* Si hiciera falta, tengo un currículum preparado —dijo ella en un tono en cierto modo desafiante.

Kafuku negó con la cabeza.

\* Uno de los dos silabarios que, junto con los ideogramas, conforman el sistema de escritura japonés. (*N. del T.*)

—De momento, no es preciso que me lo des. ¿Sabes conducir con cambio manual?

—Me gusta el cambio manual —contestó ella con frialdad. Como cuando a un vegetariano acérrimo le preguntan si come lechuga.

—El coche es viejo, así que no dispone de sistema de navegación.

—No hace falta. Trabajé un tiempo de repartidora a domicilio. Tengo grabado en la cabeza hasta el último rincón de la ciudad.

—Entonces, ¿podrías llevarme a dar una vueltecita de prueba por los alrededores? Ya que hace buen día, podemos llevar la capota abierta.

—¿Adónde desea ir?

Kafuku reflexionó un instante. Estaban cerca del puente de Shi-no-hashí.

—Giras a la derecha en el cruce de Tengen-ji, estacionas en el aparcamiento subterráneo de Meidi-ya, allí compraré algunas cosas, luego subes la cuesta hacia el parque de Arisugawa, pasas por delante de la embajada francesa y te metes por la avenida Meiji. Y regresamos aquí.

—Entendido —convino ella. No le hizo falta confirmar cada paso. Y cuando Ōba le entregó la llave, lo primero que hizo la chica fue ajustar rápidamente la posición del asiento y los retrovisores. Parecía saber ya dónde se encontraba y para qué servía cada botón. Pisó el embrague y probó a meter las marchas. Se sacó unas Ray-Ban verdes del bolsillo de la pechera y se las puso. Acto seguido, hizo un leve gesto afirmativo dirigido a Kafuku. Significaba que estaba lista—. Un reproductor de casetes —comentó como hablando consigo misma al ver el aparato de audio.

—Es que me gustan los casetes... —dijo Kafuku—. Son

más manejables que los cedés. Y así puedo practicar mis frases del guión.

—Hacía tiempo que no veía cassetes.

—Cuando yo empezaba a conducir, eran cartuchos de ocho pistas —explicó Kafuku.

Misaki no dijo nada, pero a juzgar por su expresión no debía de saber qué eran los cartuchos de ocho pistas.

Como Ōba le había asegurado, la chica era una excelente conductora. Manejaba el vehículo siempre con suavidad, sin trompicones. Aunque las vías estaban congestionadas y a menudo tuvieron que esperar a que el semáforo cambiase, parecía tratar de mantener constantes las revoluciones del motor. Lo notó en los movimientos de su mirada. Pero si por un instante cerraba los ojos, Kafuku era prácticamente incapaz de percibir los cambios de marcha. Tanto era así que uno sólo conseguía darse cuenta si prestaba oído a las variaciones en el ruido del motor. También pisaba el freno y el acelerador con delicadeza y cuidado. Pero, sobre todo, lo más digno de agradecer era que la muchacha conducía relajada en todo momento. Daba la impresión de que estaba más distendida cuando conducía que cuando no. La frialdad de su semblante se atenuaba y su mirada parecía volverse un poco más cálida. Lo único que no cambiaba era su parquedad de palabras. Si no le preguntaban, no abría la boca.

Sin embargo, a Kafuku eso no le importaba demasiado. A él tampoco se le daba particularmente bien mantener conversaciones banales. No le desagradaba charlar sobre un tema sustancial con alguien con quien se entendiese, pero, si no era el caso, prefería que la otra persona guardara silencio. Recostado en el asiento del copiloto, contemplaba distraído las calles por las que transitaban. Para él, acostumbrado a ponerse siempre al volante, el paisaje urbano le resultaba novedoso desde ese punto de vista.